TEGUCIGALPA, 12 DE ENERO DE 1895. NÚMERO 22

EL PENSAMIENTO

SEMANAL LITERARIO.

DIRECTOR Y FUNDADOR, F. TURCIOS.

CINERARIA

PARA COSMÓPOLIS.

Aun sentía en mi mano
el calor de la suya:
sentía su acento soberano
diéndome al oído: "siempre tuya."
vibraba en mi mente la postrera
de amor que la ternura labra,
cruzaba mí espíritu, ligera,
melodía ideal de su palabra.

Faro de mis tinieblas,
luz de mis noches tristes,
que rasgaba mis profundas nieblas,
por qué vienes á mí si ya no existes?

Fugaces y traviesas
ilusiones de placer han huido,
cultando mis sueños y promesas
el yerto sudario del olvido.
Los cantos se extinguieron
en el sollozo inmenso,
los dulces delirios que murieron
en la agonía del pesar intenso.

Como quedó en la selva
rido de venturas ya desierto,
esperanzas de que un día vuelva
pájaro á reanimar el árbol muerto;

olvidado y triste y solitario
dó mi corazón sin tu cariño,
vueltas en su manto funerario
ilusiones románticas de niño.

Alba de luz rosada
e iluminaste el cielo de mi vida,
vuelve á mi alma, pobre desolada,
lumbre sideral pronto extinguida.

Que fuera de mi espíritu vehemente
en la lucha tenaz en que me pierdo,
si no viniera á refrescar mi frente
el perfume de amor de tu recuerdo!

F. TURCIOS.

UNA SANTA

A DOÑA TERESA P. DE BECERRA.

—¿En este siglo, amiga mía?

—En este siglo, en este pueblo. Lo he visto yo, y conmigo todos cuantos tuvimos la felicidad de tratarla, de admirar esa rara virtud, esa vida purísima que acaba de extinguirse.

—Permíteme que dude. Sin más pruebas que tu entusiasmo sincero y esa profunda convicción que se refleja en tu frente y asoma á tus ojos ...perdóname, Julia, no puedo creerlo. ¿Recuerdas cuánt s veces te he llamado romántica?

—Es verdad; y te aseguro que nunca, como ahora, había sentido el no ser bastante desapasionada y bastante elocuente para confundirte á tí, altiva deísta, probándote que aun hay en este bajo mundo seres de naturaleza angélica, tan superiores á nuestras comunes flaquezas, que con propiedad pueden llamarse santos.

—Te repito que me perdones, Julia; pero....¡qué quieres! envidio tu sencilla creencia, mas no participo de ella. Educada en una religión muy diferente á la tuya, libre -pensadora por convicción y por costumbre, no creo, no puedo creer en esas místicas vir-

tudes, tan misteriosas como todas tus cristianas creencias.

—Lo siento realmente, Elisa mía, Pero se me ocurre una idea....¿quiéres que vayamos á la casa mortuoria?

—Con mucho gusto; pero recién llegada á este pueblo, sabes que no conozco á nadie, y por consiguiente tienes que presentarme á la familia de esa virgen muerta, á quien llamamos santa. Mas te advierto que no pretendas convencerme porque será inútil.

—Allá lo veremos.

La humilde salita presentaba un aspecto encantador. Cortinas, cintas, flores, todo era blanco, todo bello, todo digno de ella, símbolo tierno de su casta vida y de su alma casta. Por doquier se veía y se aspiraba color y perfume de rosas, lirios y azahares; jazmines y margaritas adornaban las coronas de ciprés, y sobre el rostro de la muerta, sereno y diáfano como de fría estatua de alabastro, había divina palidez de lis.....

Envuelta en toca de finísimo hilo, su traje de moda claustral descubría solo las blancas manos que sostenían un crucifijo y el severo y correcto perfil.

Eran las doce de la noche: el aire que penetraba por las abiertas ventanas agitaba la luz de los cirios y removía el perfume de las flores. Infinidad de mariposas de diversos colores revoloteaban entre las cortinas del lecho y sobre la hermosa palma de la cabecera.

Nadie pensaba estar velando un cadáver: parecía más bien que la salita aquella era una iglesia y el féretro el altar de la Virgen.

—Tienes razón: esa mujer era una santa. Sin serlo, jamás puede hacerse lo que élla hizo; jamás tampoco se puede llegar á esa edad con tan sencillo, natural candor, con tan ingenua inocencia, con tan divina pureza.

—Y sobre todo, amiga mía, dime si has visto alguna persona, por muy joven y bella que sea, conservar á las doce horas de muerta esa frescura juvenil, ese reflejo inmortal, esa adorable expresión, esa felicidad celeste que irradia en su frente.

—Sí, sí, tienes razón: no dudo ya.

—Me felicito de ello; y para acabar de convencerte voy á referirte otras cosas aun extraordinarias que las que te he contado y son, sin embargo, ciertas.

—No: basta ya con lo que he visto y esta noche. Creo, como tú, que Chana cerra era una santa.

LEONOR

1895.

JUVENILIA

—

Á QUERIDA.

I.

¡Salve, juventud hermosa,
tierna edad en que, risueño,
libo el néctar del ensueño
en el cáliz de una rosa!
¡Salve, aurora esplendorosa
de un ideal día de amores!
¡Salve, orgía de colores,
dulce amada primavera,
que me aguardas hechicera
en tu tálamo de flores!

II.

Miro la tierra qué bella
y miro el cielo qué azul
á través del claro tul
de una lágrima de estrella;
y oigo la blanca querella
de un pájaro enamorado,
y vuela el canto dorado
por el sol de mediodía
como una flor de armonía
que la luz ha deshojado!

III.

Ilusión que rauda subes
á los cielos estrellados,
y duermes sueños dorados
en el seno de las nubes,
y en alas de los querubes,
y envuelta en el arrebol
que luce su tornasol
que perlas líquidas llora,
cuando despierta la aurora,
vas á morir con el Sol!....

IV.

Y en el rayo de la luna
bajas, te prendes y rielas

...chal de lentejuelas
...dormida laguna;
...en una por una
...grimas de tu lloro
...espejo sonoro
...el firmamento retrata,
...lámina de plata
...ruñidos bordes de oro!

V.

...mor, que mi pecho siente,
...s pintado con un lirio
...oces de tu martirio
...cristal de la fuente;
...tibio rayo poniente,
...a de dulce desmayo,
...legado sobre el tallo,
...as hundido con delicia
...s ondas que acaricia
...facundo sol de Mayo!

VI.

...Mujer que miro en mi anhelo
...ir hacia mí ligera,
...n tu faz de primavera,
...tu ternura de cielo,
...no bajas á este suelo,
...ión resplandeciente,
...eres la imagen sonriente
...e ha dejado diseñada
...aérea pincelada
...el lienzo de mi mente!

VII.

...Salve, juventud hermosa,
...rna edad en que, risueño,
...o el néctar del ensueño
...el cáliz de una rosa!
...alve, aurora esplendorosa
...un ideal día de amores!
...alve, orgia de colores
...lce amada primavera,
...e me aduermes hechicera
...tu tálamo de flores!

José FIANSÓN.

...—1893.

FELICIDAD

A....

I.

Al nido de las aves se asemeja
tierno corazón, mujer amada,
y el pensamiento mío ave parece
que al cielo eleva sus potentes alas;
no encuentra en él lo que afanoso ansía
y en tu pecho amoroso todo lo halla.

II.

Mis palabras de amor son arroyuelos,
tu tierno corazón es mar en calma,
por bosques, por plantíos ó por sierras
ora alegres, ya tristes, ellos vagan;
buscando al fin consolador silencio
en tu amoroso corazón descansan.

FAUSTO.

11 de noviembre de 1894.

EL NUMERO 13

—

Su altética figura de luchador y su risueña cara de mocetón valiente, le conquistaron á la primera ojeada las simpatías del Jefe. Fué admitido en el acto. Casualmente la víspera habían asesinado á uno de los mejores miembros de la sección y él ocuparía su lugar. Juan estaba satisfecho de haber encontrado tan pronto colocación, y ya se felicitaba de su buena suerte, cuando el sargento lo llamó para entregarle sus armas y la brillante placa con el número que llevaría al pecho.

El era supersticioso como todo buen campesino: por eso no pudo disimular la palidez que invadió su rostro y el ligero estremecimiento de su cuerpo, cuando leyó el número 13. Estuvo por renunciar de su empleo; pero temió ser considerado como un cobarde por aquellos que diariamente exponían su vida para conservar la tranquilidad pública.

En los primeros días de su nueva existencia se aburría mucho. Además de la poca amenidad que tiene la vida del policía, sujeto siempre á la ley y á la voluntad de sus superiores, sus compañeros lo veían como á un extraño, y hasta había algunos que lo miraban con malos ojos. Envidia! Nada más que envidia por sus músculos de hierro y por la belleza salvaje de su cara. Vaya! y como que Dios no echa todos los días al mundo hombres tan gallardos como aquel!....

Sin embargo, en medio de su aburrimiento, la amistad vino en su auxilio. El más joven

de los policías le había cobrado un afecto fraternal, nacido de la más viva simpatía. Luis era casi un niño: sus dulces ojos azules y la expresión casi femenil de su semblante le daban todo el aire de un efebo. A pesar de su pequeña estatura y de su cuerpo delicado todos lo querían y respetaban por sus generosos sentimientos y su valor temerario. A los pocos días Juan y Luis eran tan buenos amigos, como si se hubieran conocido desde la niñez. Formando extraño contraste, aquellos dos muchachos representaban la fuerza física y moral de la sección. El uno, alto, fuerte, capaz de matar á un toro de un puñetazo; el otro, pequeño, débil, pero activo é inteligente como que era el Director intelectual de aquel puñado de hombres: sus consejos eran seguidos al pie de la letra, y quien deseaba salir de un apuro con facilidad, acudía á él y el problema era resuelto en el acto. El escribia las cartas para las familias y era el confidente de todos los secretos íntimos de los seccionistas.

Juan confesó ingénuamente á su amigo el miedo supersticioso que tenía al número que llevaba al pecho y como este pensamiento le quitaba algunas veces el sueño, teniéndolo siempre en un estado de intranquilidad y malestar. Le contó como un tio suyo había muerto de un ataque cerebral mientras almorzaba un trece de noviembre, en que celebraba su cumpleaños, siendo trece los convidados. Eso fué allá en la aldea, cuando él era un chiquillo. Casi todos los de su familia habían muerto el 13. Además, aquella misma placa con el número maldito que tanto horror le causaba, era la que llevaba el desgraciado policía, asesinado traidoramente en una esquina.

Luis le propuso el cambio de números, ya que él no creía en ninguna de aquellas tonterías; fueron donde el Comandante y el asunto se arregló en dos minutos. Desde aquel día, libre ya de su temor pueril, Juan se hizo más expansivo, llegando á formar la delicia de sus camaradas con sus cuentos verdes y sus bromas en que chispeaba esa gracia callejera que nos hace reir á pesar nuestro. Por el contrario, Luis era siempre el mismo. Callado y triste, apenas se le veía sonreir. Parecía como que llevaba oscurecida la frente por la nube negra de un cruel presentimiento. ¿En qué pensaba?

—Oyeme, le dijo un día á su amigo: yo me siento aquí fuera de mi centro. La pobreza me ha lanzado á esta vida, en la que siento encadenadas mis ambiciones. Convéncete, Juan: yo nací para algo más que para ser un pobre empleado de la vigilancia pública. Yo tengo unos deseos y unas cosas en la cabeza que me hacen creer que no soy igual á los compañeros. Ellos se conforman con tener un momento de descanso y el sueldo seguro, pero yo quiero algo más....Desde que entré á la sección me parece que he bajado mucho y que se harán humo mis esperanzas de una vida mejor. Además, querido, yo estoy enamorado. Allá, en mi pueblo, tengo mi novia, y si estoy aquí es por ella: quiero ganar el dinero necesario para casarme. Me quiere mucho, es buena, y me ha jurado esperarme algunos meses.

Al hablar de su novia sus ojos azules se humedecían de ternura.....

Juan oía aquellas confidencias como una cosa extraña, casi sin comprenderlas. En efecto, no comprendía los deseos de su amigo, cuando tan bien se vivía en la sección. Fuera del trabajo nocturno, cada cuatro días, lo demás era nada. Pasearse horas enteras de una esquina á otra.....

***

A la noche siguiente ocupó su turno. Paseábase tranquilamente por la acera produciendo un ruido sordo con sus fuertes zapatos claveteados. Era en noviembre y un viento helado silbaba en las calles desiertas: cuando empezó á llover, él se arrebujó en su gran capote y encendió un cigarro.

En la ventana del segundo piso, tras los cristales, una pareja conversaba amorosamente. Eran marido y mujer y estaban en su luna de miel. El los había conocido de novios, cuando una noche vió al enamorado subir por una escala que élla le arrojó. Hasta recordaba que estuvo á punto de llevarlo á dormir á la sección....pero tuvo lástima de aquel desvelado rondador, que después de todo ningún delito grave cometía.

El aguacero arreciaba cada vez más. A-

Aquel diluvio había convertido la calle en un mar, cuyas oleadas le bañaban los pies. A pesar de su buen carácter se empezaba á sentir de mal humor. Incrustado en el marco de una puerta, temblando de frío, chorreando agua por todas partes, miraba el cuarto del piso segundo, calentito, en donde otro hombre, un igual suyo, gozaba de todas las delicias materiales y del amor correspondido. A ellos, después de la sabrosa, plática al calor de la lumbre, les esperaba el lecho blando y perfumado, mientras á él....Verdaderamente que era insoportable la vida de aquella manera. Tenìa razón Luis. Por estas prácticas amargas, empezò à comprender, aunque con mucha vaguedad, la tristeza que padecía su amigo....

***

Luis era lo que puede llamarse un buen camarada. Asì lo pensaba Juan cuando enfermo de gravedad lo veía velar todas las noches junto á su lecho. El lo cuidaba como lo pudiera hacer una madre con el hijo querido. Cuando algunos días después pudo levantarse, supo por sus compañeros que había estado un mes acostado, y que su amigo, además de prestarle toda clase de servicios, gastó el mes de sus sueldos en comprar las medicinas. Desde entonces á su cariño por Luis, se uniò el más profundo reconocimiento.

***

—Hoy he recibido cartas de mi familia y de *ella*, le dijo Luis una mañana. Me ruegan que vaya á pasar el día de mi cumpleaños á mi pueblo. Es el 13 de abril. Todavía falta un mes. Veremos si de aquí á entonces ha cambiado la suerte, y si es así me prometo gozar mucho la noche del 13 ¿El 13? ¿Qué dirías tú si hubieras nacido en ese día?

***

Llegó el 13 de abril. Esa noche, Juan había su turno en una calleja oscura y solitaria. Paseábase como de costumbre por la acera, con el cigarro en la boca, pensando en cosas sin nombre: con el revólver en la cintura rodeado de un respetable batallón de cápsulas y en la mano derecha el pesado garrote, se creía capaz de desafiar á media humanidad. Ya estaba acostumbrado á aquella vida del soldado en campaña y era citado por su actividad y resolución en los momentos de peligro. En aquellos tiempos en que todos los dìas se cometía un crimen, él pasaba sin miedo por los barrios más oscuros, revólver en mano. A la menor voz de alarma, al más ligero ruido del silbato, era el primero en llegar, y nunca sus jefes lo habían sorprendido dormitando.... Sin embargo, esa noche se sentía cansado y soñoliento. Recordò como en su casita de la aldea, á aquellas horas se dormía tranquilamente, sin que la aurora la hubiera visto nunca inmóvil, aterido, arrimado á la pared de una esquina. Pero no sólo él sufría aquellas incomodidades. El pobre Luis, más débil y con aquellos ambiciosos pensamientos, debía sentirlos más....Al recuerdo de su amigo se entristecía á su pesar, y se sentía enojado contra sì mismo. ¿Por qué no le dió los cicuenta pesos que había economizado en los últimos meses para que se fuera á su pueblo? Egoísmo! ¿Se olvidaba acaso de todo lo que le debía?¿ De sus afectuosos cuidados cuando estaba enfermo y de sus sueldos gastados en medicamentos para él? ¿No fué Luis quien le quitó aquel enorme peso de encima cambiando su número 20 por aquel 13 que tanto miedo le causaba?....A estas consideraciones sentìa algo muy feo, allá dentro del alma, como lo que se siente con el recuerdo de una inmensa ingratitud. El también tenía su novia y consideraba lo que hubiera hecho Luis en igualdad de circunstancias.... le hubiera ofrecido hasta su última peseta.... Pero á la mañana siguiente le pediría perdón y con aquellos cincuenta pesos, Luis partiría para su pueblo. Bien es verdad que no sería en la fecha indicada: pero vería à su novia y pasaría una semana con su familia.

***

A las doce pasaron por la calle de enfrente, dirigidos por un sargento, los policías del turno. Envueltos en sus largas capas parecían fantasmas entre las sombras de la noche. Juan les echò una mirada de compasión. Su turno concluiría á las dos, mientras á aquellos infelices les sorprendería la luz del sol como inmóviles estatuas en las calles solitarias. A la una de la madrugada una claridad dudo-

sa empezò á blanquear sobre los tejados. La luna aparecía al fin, rodeada de nubarrones y de un círculo amarillento y violàceo. El cielo empezaba á despejarse y un frío punzador se hacía sentir por instantes.

Juan dormitaba arrimado á la pared. En la vaga somnolencia que se había apoderado de él, creyó oir un silbido penetrante. Era un grito de alarma. Ya despierto, prestó más atenciòn....No le cabía duda. Allá, à lo lejos, al final del barrio, se oían gritos apagados y ruido de voces descompuestas: de vez en cuando un silbido débil, quejumbroso, sin fuerza. El no esperò más. Con el revólver en la mano derecha, y en la izquierda el fuerte garrote, echó á correr hacia allá. Al entrar en un callejón, cuya estrechez apenas daría cabida á tres personas de frente, se encontrò con un hombre, que armado con una enorme navaja, huía á todo escape. Al pasar, Juan le asestó un terrible puñetazo en la cabeza, y ahí quedó, sin hablar palabra, ni proferir un ay!....Pero apenas tuvo tiempo de incorporarse cuando dos hombres cayeron sobre él. El revólver brilló en su mano con resplandor siniestro, se oyeron dos detonaciones, y luego....nada. Los acometedores habían huido.

Herido ligeramente siguió calle abajo, haciendo sonar el silbato. De pronto, se detuvo horrorizado. Al doblar la esquina había visto en medio de la calle á un hombre que se estremecía convulsivamente en un charco de sangre, quedando después inmóvil.

Al reconocerlo, Juan lanzó un grito terrible, hondo, supremo.....

Con una profunda herida en el corazón, aun oprimiendo contra sus labios el silbato, con la cara manchada de sangre caliente, viò á su amigo, el pobre número 13, tristes los ojos azules, inmensamente abiertos, fijos en el espacio y humedecidos con una lágrima!

F. TURCIOS.

1895.

LENA

(De mi libro, "Palabras.")

—

Esas señales que hay en tu rostro
son una prueba de que te ungió,
la noche eterna de la lujuria
con el aceite de la erupción;
fué el mundo auriga: blandió la fusta,
—¡blandió la fusta que te marcó!—
para escupirte cuando le implores,
arrepentida, su absolución.

—

Deja que te huya la adolescencia,
deja que te huya la senectud,
deja ese lecho que fué tu solio,
deja á tu corte y avanza tú,
y esos Adanes sin compañera,
y esos varones,—astros sin luz,—
¿no es cierto padre del Universo
qué nacerían á la virtud?....

—

No eres la viña que estalla en brotes
en el período primaveral,
para que el grano de sus racimos
vayan los hombres á pisotear;
no eres la madre que en el santuario
en que la oculta la sociedad
arroja frutos que se maldicen
desde que empiezan á meditar.

—

Eres cual fuente de turbias aguas
donde el sediento llega á beber:
cuando te liba te llama néctar,
cuando le sacias te llama hiel.
En el infierno del sensualismo
eres la sola terrible ley;
todos te infaman y te acarician
porque eres Eva y eres Luzbel.

Domingo Martínez LUJÁN.

Lima: 1894.

NOVIEMBRE

(Día de difuntos)

—

Tras octubre lluvioso, llorón, el san Pedro de los meses, viene noviembre, el mes triste que produce melancolías plácidas, y en que ráfagas heladas azotan las frentes; y un frío intenso, de muerte, parece introducirse en los cuerpos de las jòvenes enfermas.

Me gusta noviembre; lo quiero porque me hace sentir cosas gratísimas, indecibles, y es

spirador de mis páginas más queridas: las bres.

pla un viento glacial, cortante.....

itando de frío me he asomado á la ven- de mi pieza; y allá lejos, al través de la lina, he creído ver que lujosos caballeros, idos con trajes obscuros, pero con los sem- tes intensamente pálidos, y mostrando en aterradora angustia, conducen á la últi- morada, en "ataudes de blanco terciopelo mado de oro," los cuerpos inmaculados de angelicales novias, muertas al recibir la nera caricia de noviembre.....

Al ver ésto he sentido un sacudimiento de lor; pero el Sol, enemigo de las ilusiones producen quiméricas tristezas, ha ahuyen- la neblina dejándome ver que los cortejos iebres son enhiestos pinos medio cubiertos vapores congelados.....

Pero el Sol ha vuelto á ocultarse, y ha con- uado la neblina, y he seguido viendo las mas fantásticas que me hacen pensar en un s glacial, de brumas, donde tan bien se en- traría mi alma!....

Pensativa he inclinado mi cabeza sobre mi cho dolorido....

Mas el lúgubre, sollozante gemido de las mpanas que me anuncian con sus plañideras ces que estamos en día de difuntos, ha he- lo levantarla sobresaltada....

Siento mi alma abrumada con presentimien- amargos, con pesares sin nombre: me he locado, con el pensamiento, en el cemente- o do duermen el sueño eterno los que ya no isten ....

¡Qué tristeza noto en todo!....

En muchos sepulcros hay coronas de ciprés, mortales y siemprevivas, que manos cariño- s, de personas sensibles, han colocado allí do acen restos tiernamente queridos para ellas, señal del recuerdo imborrable que de ellos uardan....

En otros....¡nada!....La yerba inculta los bre; triste semejanza de la ingratitud huma- , del olvido eterno!....

¡Ay, qué triste es morir!

¡Cuán imponente la soledad y silencio de los pulcros!....

Pasa el dos de noviembre; callan las lloronas campanas; se secan las flores de las coronas; y los muertos vuelven á quedar, como siempre, solos, muy solos!....

Mañana.....Yo dormiré con ellos haciéndoles compañía!

Entretanto.....¡adiós por hoy!

Y noviembre sigue su curso lento, invariable; sigue, con su frío de muerte, enfermando corazones, matando vírgenes; y á mí, haciéndome sentir cosas gratísimas, indecibles, y haciéndome pensar en país glacial, de brumas, donde tan bien se encontraría mi alma!....

LUCILA GAMERO MONCADA.

Danlí, noviembre 2 de 1894.

ODOR DI FEMINA

—

Cuando eróticos versos ritmaba
un volcán en las sienes sentía,
y la idea poco antes tan fría
una llama invisible abrasaba.

En el pecho de amores temblaba
juvenil corazón en que ardía,
esa fiebre que da la poesía
y la lúbrica estrofa inspiraba.

Y la carne rosada que asume
las febriles locuras del beso
me dejaba enervante perfume.

Y en el pecho la suave delicia
de albo seno de virgen opreso
con temblores de ardiente caricia.

F. TURCIOS.

Diciembre de 1894.

RONDEL

—

¿Qué haré cuando en la mañana
vaya mi adiòs á decir,
á Blanca, mi porvenir,
al tocar en su ventana?

Despierta, mi castellana
que va tu poeta á partir.....
¿qué haré cuando en la mañana
le vaya adiós á decir?

Ay! yo quisiera morir
pero no en tierra lejana

si no cuando en la mañana
le vaya adiós á decir
al tocar en su ventana.

F. TURCIOS.

Enero de 1895.

NOTAS.

No fué el 12 de diciembre, como lo anunció nuestro apreciable colega de "La Regeneración," sino el 12 de enero, el día del aparecimiento de nuestro semanal. Después de dos meses de silencio vuelve á la vida activa, bellas lectoras, dispuesto como siempre á regar con rosas vuestro camino y á romper cien lanzas por satisfacer vuestros caprichos. Apasionado adorador de la belleza, trovador caballero que hará sonar sus espuelas de oro bajo vuestros balcones y embozado en su capa española, con la espada al cinto, entonará la arrulladora canciòn de los amores á los rayos de la luna.

Los domingos, cuando la luz del sol se quiebre en vuestros cristales, él irá á sorprenderos agradablemente á vuestra alcoba, dandòs un "buenos dias" acariciante y afectuoso. Porque éste señor es un tierno enamorado que besarìa de rodillas la orla de vuestro traje, ya que es acariciado con placer por vuestros ojos y vuestras preciosas manos han aplaudido sus aspiraciones á un ideal de luz.

Ya está aquí "El Pensamiento"! *Físicamente,* ha cambiado un poco de vestido: no viene tan blanco como antes, por que el nuevo papel tanto tiempo esperado, es de un colorcillo más oscuro. Pero que importa! El es siempre él mismo. Un buen muchacho que os quiere sinceramente.... Buenos días, señor Pensamiento, ¿cómo le va á Ud.?—Muy bien, señorita. Feliz al sentir llama de vuestras miradas, después de dos meses de ausencia....

Buen viaje.—Se lo deseamos á nuestra muy querida amiga, la señorita Camila Bustamante, que ha partido hoy para Juticalpa, en donde pasará algunos meses de temporada. Que no se olvide de nosotros y que regrese pronto la inteligente y simpática artista.

"Mis versos".—Con afectuosa y por d[e] más inmerecida dedicatoria, hemos recib[i]do el precioso libro de Justo A. Facio. V[a]yan nuestros agradecimientos y felicitacione[s] sinceras al querido amigo, que tan alto h[a] sabido colocar su nombre en el mundo del ar[te]. Oportunamente nos ocuparemos de s[u] obra.

"Besos"—"María"—Así se titulan dos bellos poemas en verso, qne nos ha enviado el distinguido poeta peruano, Sixto Morales. Mil gracias por la cariñosa dedicatoria y las frases de su carta. En el número próximo publicaremos la composiciòn inédita que se ha servido dedicar á nuestro periódico.

Hoy publicamos la lista de nuestros colaboradores. De día en día vá aumentándose con nombres de reconocida reputación literaria en América y Europa, con lo que esperamos evitar las reproducciones.

Además de López Penha, Solórzano, Masferrer y Gamboa, hemos recibido últimamente cartas y trabajos de nuestros ilustres amigos y compañeros en el arte, los literatos sudamericanos, José Fiansón, D. Martínez, Luján, José S. Chocano, Darío Herrera y Pedro César Dominici. Nuestros lectores están de plácemes.

El Director—de este periòdico hará muy pronto la edicción de sus versos, cuentos y artículos. Será un tomo de 300 páginas. Solo espera el papel que se ha pedido últimamente para comenzar su trabajo.

Esperamos que á vuelta de correo se sirvan nuestros agentes de la Ceiba, Santa Bárbara, Comayagua, Choluteca, Roatán, Puerto Cortés, La Paz, La Esperanza, y Amapala, enviarnos lo que hayan recaudado de suscripciones á "El Pensamiento" durante los primeros cinco meses. De estos señores no hemos recibido un centavo.

Haciendo á un lado nuestra aversiòn por los números, hemos sacado en limpio que nos deben la suma de *ciento diez pesos ochenta centavos,* distribuidos de la manera siguiente, según el número de ejemplares enviado: La Ceiba, 20: Santa Bárbara, 20: Comayagua, 16: Choluteca 16: Roatán 12: Puerto Cortés, 10: La Paz, 8: La Esperanza, 6: Amapala, 2.80.

Tenemos seguridad de que estos *apreciables* agentes no esperarán segunda amonestaciòn.

TIPOGRAFÍA NACIONAL.—TEGUCIGALPA.